

en comparacion suya.» Despues de haber abierto su conciencia al confesor, el desgraciado príncipe le habló de diversos objetos: leyó al abate dos veces su testamento, y se enterneció al llegar á la cláusula de su familia. En seguida le hizo varias preguntas acerca de los eclesiásticos proscritos, preguntándole asimismo por el paradero de algunos de ellos, y deploró la suerte que les habia cabido. Recordó todo lo que habia hecho en beneficio de sus vasallos, cuya felicidad habia sinceramente deseado. «Estoy bien seguro, dijo, que los franceses me echarán de menos algún dia; sí, estoy seguro que me harán justicia, así que tengan libertad de ser justos; pues en estos momentos son bien desgraciados.»

Durante la noche que precedió al espantoso sacrificio, el abate Firmont preguntó á Luis si queria oír misa y recibir el Pan de los fuertes. El rey manifestó que se reputaria por muy dichoso en merecer este último consuelo. «Mas para eso seria preciso, dijo, conseguir permiso del consejo del Temple... Y no lo darán. Jamás he conseguido de ellos, sino lo que les ha sido imposible negarme.» Habiéndose encargado el confesor de pedir permiso, le respondió uno de los comisarios: «En la historia no faltan ejemplos de sacerdotes que han envenenado las hostias: no seria, pues, prudente dejaros hacer lo que pedís.» «Cuando entré en el Temple, replicó el eclesiástico, me habeis registrado bastante escrupulosamente, para que podais estar seguros de que no he traido ningun veneno, y además podeis darme vosotros mismos las hostias, en cuyo caso no os puede quedar ningun temor, pues todo habrá pasado por vuestras manos.» Al oír esto se miraron reciprocamente los municipales, entraron en una habitacion inmediata, y habiendo llamado de allí á un rato al abate, le dijeron: «Ciudadano ministro del culto, el permiso que solicita Luis Capeto no tiene nada contra-

rio á la ley: por lo tanto venimos en concedérsele, pero con dos condiciones: la primera, que firmareis la peticion; la segunda, que debereis tener concluidas las ceremonias de vuestro culto mañana á las siete, porque á las ocho Luis Capeto debe marchar al patíbulo.» Aceptadas estas condiciones, tuvo el abate una nueva conferencia con su augusto penitente, y viéndole muy fatigado, le rogó que tomara algun reposo. El rey se acostó á las doce y tres cuartos de la noche, y durmió tranquilamente cerca de cinco horas. En seguida se levantó, oyó misa, y recibió la comunión al pié de un altar, que su ayuda de cámara Clery y el abate habian arreglado en el aposento.

Los esbirros, capitaneados por el funestamente célebre Santerre, entraron en la estancia á las nueve en punto. Luis se adelantó hácia ellos, y con una completa serenidad dijo dirigiéndose al feroz comandante: «¿Venís á buscarme?» — «Sí.» — «Basta. Necesito pasar un momento con mi confesor. Soy con vosotros.» Entró en su gabinete con el eclesiástico: «Todo está acabado, le dijo arrodillándose, dadme vuestra bendicion.» Luis habia creído que su confesor no le acompañaria en aquel lúnebre viaje; mas viendo que no queria abandonarle, le volvió á manifestar nuevamente su gratitud.

Luis tuvo el dia anterior una entrevista con su esposa é hijos, y les dió á conocer su sentencia. La separacion habia sido tan dolorosa para todos, en especial para la reina, que el rey no tuvo ánimo para volverla á ver al dia siguiente, á pesar de habérselo así prometido. Al atravesar el patio de la prision se volvió dos veces á mirar la torre en que quedaba encerrada su familia, como para dar el último adios á cuanto habia mas grato para su corazón.

A la entrada del segundo patio habia un coche de alquiler con dos gendarmes al estribo. Al acercarse el rey, uno de estos subió al coche y se sentó en la delantera;

en seguida subió el rey y ocupó con su confesor el asiento del fondo; últimamente entró el otro gendarme y cerró la portezuela. Viéndose Luis estrechado en un coche donde no podia hablar ni oír al sacerdote sin testigos, tomó el partido de guardar silencio; el abate Firmont le presentó un breviario, único libro que llevaba consigo, y el rey lo cojió con placer manifestándole al mismo tiempo deseos de que le indicara los salmos que mas convenian á su situacion, lo que verificado, fueron ambos rezándolos alternativamente. Los gendarmes sin desplegar los labios parecian como extasiados y llenos de confusion á un mismo tiempo, al presenciar la tranquila piedad de un monarca, á quien sin duda alguna nunca habian visto tan de cerca. El tránsito duró casi dos horas, y habiendo llegado el carruaje, en medio del mas profundo silencio, á la plaza de Luis XV, se paró en un grande espacio que habian dejado vacío al rededor del cadalso. Así que el rey sintió que el coche ya no andaba dijo al oído al confesor: «Si no me engaño, ya hemos llegado.» El silencio del sacerdote confirmó su opinion. Un verdugo abrió en aquel instante la portezuela, y los gendarmes quisieron apearse; pero el rey los detuvo, y poniendo la mano sobre la rodilla de su confesor: «Señores, les dijo con el tono de quien está acostumbrado á mandar, os recomiendo este caballero; cuidad de que despues de mi muerte no se le haga ningun insulto. Os encargo que veleis por él con el mayor cuidado.» Tardando ellos en responder, iba el rey á hablar en un tono aun mas alto, cuando uno de los gendarmes le cortó la palabra diciendo: «Sí, sí; ya tendremos cuidado; dejadnos hacer.» Estas palabras fueron dichas en un tono que hubieran debido helar al abate de Firmont, si en aquel momento hubiese podido este replegar el pensamiento sobre sí mismo.

Así que el rey se apeó del carruaje, le rodearon tres verdugos, é hicieron ademán de quererle quitar el vestido; pero el rey los rechazó con dignidad, y se quitó con sus propias manos la ropa que estorbaba para la ejecucion. Los verdugos, que por de pronto habian quedado desconcertados al ver el noble ademán del rey, volvieron al parecer á recobrar su audacia y quisieron cogerle las manos. «¿Qué pretendeis hacer?» les dijo el príncipe retirándolas con viveza. — «Ataros,» respondió uno de los sayones. — «¡Atarme!» replicó el rey con aire de indignacion; no lo consentiré nunca. Cumplid con lo que se os ha mandado, pero no me atareis; renunciad á ese proyecto.» Los verdugos insistieron; levantaron la voz y parecia que iban á pedir auxilio para conseguirlo por la fuerza. Este fué acaso el momento mas espantoso de aquella desoladora mañana; el mejor de los reyes estaba ya á punto de recibir á la vista de sus vasallos rebeldes un ultraje mil veces mas insoportable que la misma muerte, por la violencia que iban á ejercer sobre su persona. Así lo comprendió el desventurado Luis, y volviéndose hácia el abate de Firmont, fijó en él su mirada como pidiéndole consejo. «Ah! no era posible á este dárselo, y por lo tanto solo respondió al pronto con su silencio. Mas al fin, viendo que el rey seguia con la vista clavada en él: «Señor, le dijo sollozando, en este nuevo ultraje no veo mas que un último rasgo de semejanza entre V. M. y el Dios que va á ser su recompensa.» Al oír estas palabras Luis alzó la vista al cielo con una espresion de dolor imposible de definir. «Seguramente, replicó, nada menos que su ejemplo es preciso para que yo me someta á semejante ultraje;» y volviéndose á los verdugos, les dijo: «Haced lo que querais; apuraré el cáliz hasta las heces.»

La escalera del patíbulo estaba muy pendiente, por lo cual el rey tuvo que apoyarse en el brazo del abate Firmont, y la molestia que al parecer le causaba subir por ella, hizo creer por un momento á este que el valor de la augusta víctima empezaba á flaquear. Mas

la augusta víctima empezaba á flaquear. Mas

cuál fué su sorpresa cuando, subido el último escalón, le vió escaparse de sus manos; por decirlo así, atravesar con paso firme toda la anchura del cadalso, imponer silencio con sola una mirada á unos quince ó veinte tambores colocados frente á él, y con una voz firme pronunciar distintamente estas palabras eternamente memorables: «Yo muero inocente de los crímenes se me imputan: perdono á los causantes de mi muerte, y ruego á Dios que esta sangre que vais á derramar no recaiga jamás sobre la Francia....» Iba á proseguir: pero un oficial, arrojándose espada en mano y con desaforados gritos sobre los tambores, los obligó á redoblar. Al mismo tiempo resonaron muchas voces alentando á los verdugos; animáronse estos á sí mismos, y agarrando con violencia al más virtuoso de los reyes, le arrastraron y pusieron bajo el hacha, la que de un golpe hizo rodar su cabeza... ¡Hijo de San Luis, subid al cielo!... ¡Una gran víctima se ha inmolado, y la Convención inaugura la república sobre un cadalso!...

El más joven de los verdugos (parecía tener unos diez y ocho años de edad) cogió inmediatamente la cabeza y la enseñó al pueblo dando una vuelta por todo el cadalso, y acompañaba esta monstruosa ceremonia con los gritos más atroces y las gesticulaciones más indecentes. Por de pronto reinó el más profundo silencio; pero luego resonaron algunos *vivas á la república*; poco á poco fué creciendo la gritería y en menos de diez minutos este grito fué el de la multitud y todos los espectadores tiraron sus sombreros al aire. Así murió Luis XVI el 21 de enero de 1793, después de haber reinado unos diez y nueve años.

Después de la ejecución, el abate de Firmont descendió del patíbulo. Su situación era altamente crítica; pues por su aire y su traje había llamado sobre sí las miradas de los furiosos que rodeaban el patíbulo, y ya empezaban

á resonar algunos gritos amenazadores y groseros. Sin embargo, el confesor halló medio de confundirse entre la multitud, y pudo entrar en casa del presidente Rosambó, yerno de Malesherbes, á quien comunicó todos los detalles de este horrible acontecimiento. El valor, la calma y la resignación de Luis XVI durante el curso del proceso, así como en sus últimos momentos, habían llamado la atención del filósofo, que no pudo menos de esclamar: «¡Luego es cierto que solo la Religión puede dar fuerzas para sostener con tanta dignidad tan terribles pruebas!»

Con este motivo no podemos menos de hacer observar la relación constante entre los principios religiosos y los políticos durante el curso de la revolución francesa. En 1794 concurrió el presbiterianismo con la democracia en el Estado, y en 1793 la destrucción de todo culto con la abolición de todo gobierno (1).

El año anterior, Manuel, procurador del ayuntamiento de París, había querido impedir que salieran las procesiones de Corpus, y el ayuntamiento prohibió también la misa del gallo ó de media noche (2). El 30 de diciembre, á propuesta de Chaumette, sucesor de Manuel, decretó la municipalidad que la festividad de los reyes se llamara en lo sucesivo fiesta de los *descamisados*. Cambon propuso á la Convención se suprimiera la asignación de los ministros del culto; pero la asamblea determinó, en 30 de diciembre de 1792, se prosiguiera dándosela. Real, sustituto del procurador del ayuntamiento, denunció en 25 de enero de 1793 al principal del colegio de las Cuatro-Naciones por haber celebrado la festividad de San Carlo-Magno, que había sido déspota. Las procesiones de San Marcos

(1) *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII*, p. 93.

(2) *Compendio histórico sobre Igl. constit. p. LVI-LVII.*

y las de rogativas no se celebraron en 1793, otra de Gobel. Este invitó igualmente á que en virtud de una carta de Chaumette y de no se hicieran las procesiones de Corpus.

LIBRO DÉCIMO-TERCERO.

(NONAGÉSIMO OCTAVO.)

Desde la muerte de Luis XVI (1793), hasta el fin del siglo XVIII.

De la profunda impresión de tristeza que la noticia del suplicio de Luis XVI produjo en Pio VI, puede formarse una idea por la estremada alegría que el Pontífice había tenido cuando dos años antes supo la fuga de aquel príncipe. Apenas se divulgó por Roma la nueva de su partida, cuando el pueblo, cordialmente adicto á los principios religiosos y monárquicos, acudió en masa al palacio habitado por las princesas, tías del rey, refugiadas en el Estado Eclesiástico y haciendo resonar el aire con gritos de *viva el rey de Francia!* Pio VI, creyendo fácilmente lo que estaba en armonía con sus deseos, y viendo confirmada la noticia por una multitud de correos, procedentes de todos los puntos de Cerdeña ó Italia, persuadido de que Luis XVI había salvado los obstáculos de Varennes, se había entregado á trasportes de ternura, y declarando al nuncio Pacca, en Colonia, su nuncio extraordinario cerca del rey cristianísimo, le remitió para entregar á este príncipe un breve lleno de unción, felicitándole de haber recobrado su libertad y recomendándole á la

protección del cielo (1). Dios no había permitido que la víctima pudiera escaparse de sus verdugos, y cuando los facciosos bañaron sus sacrilegas manos en la sangre del ungido del Señor, el Gefe de la Iglesia pagó al más desgraciado de los reyes un tributo de sentimiento en una alocución que pronunció en un consistorio. Y á fin de que nada faltara á la solemnidad de este luto, quiso Pio VI que el elogio fúnebre de Luis XVI se pronunciara en su presencia.

No se limitó el Papa á estériles señales de dolor. Su humanidad para con los franceses á quienes el destierro alejaba de su patria, se ejercía con la más admirable inteligencia, y como conocía el espíritu de caridad que reina en las casas religiosas, juzgó que serían las más á propósito para colocar á los proscritos. A fin de facilitar la distribución de socorros y evitar la excesiva afluencia de sacerdotes emigrados en un mismo punto, fijó por de

(1) *Memoria histórica de monseñor Bartolomé Pacca, etc.*, p. 138.